

# LA VIOLENCIA CONTRA EL CUERPO DE LAS MUJERES NEGRAS ESCLAVIZADAS REPRESENTADA EN LA NOVELA *VOLVER A CASA*

**Andrea Trinidad Aviña Cardoso**

La literatura, y el arte en general, nos permite visibilizar acontecimientos, vivencias, pensares y sentires que, dentro de la lógica occidentalocéntrica, se han mantenido ocultos, ignorados e incluso negados. Las mujeres negras, ya sea desde el contexto africano o desde la diáspora, han visibilizado sus experiencias cotidianas desde el siglo XIX (Jabardo, 2012). En el caso de la novela *Volver a casa* (2016) de la escritora ghanesa Yaa Gyasi, atendemos a una brillante y apabullante historia que nos sumerge en el destino de una familia por más de tres siglos y a través de dos continentes.

En el presente me concentraré en la violencia directa contra el cuerpo de las personajes femeninas que fueron esclavizadas. Para lo anterior, es necesario establecer las herramientas teóricas que ayudarán en el análisis. De esta manera, me apoyaré en la especial relación establecida por la escritora y feminista Silvia Federici entre capitalismo, violencia y mujeres; también, será valiosa la propuesta poscolonial sobre la construcción del cuerpo en Occidente de la académica nigeriana Oyèrónkẹ́ Oyěwùmí; finalmente, es esencial tener presente el concepto de interseccionalidad.

En la primera parte de su obra *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Federici nos encauza en el proceso de desposesión, alienación y desacumulación de las mujeres a partir de la imposición del capitalismo como sistema universal. La autora demuestra que uno de los momentos fundacionales del orden capitalista es la caza de brujas en Europa, cuya base sexista despojó a las mujeres de sus cuerpos y de su autonomía reproductiva. De esta manera, desde las últimas décadas del siglo XV las mujeres fueron sometidas a una violencia misógina, que se consolidó y posteriormente se expandió a otros lugares del mundo (Federici, 2018).

Posteriormente, el ejercicio del poder patriarcal y la explotación masculina del trabajo femenino atraparon también a los cuerpos racializados<sup>1</sup>. Así, además de la estrecha relación entre capitalismo y sexismo, también hay un vínculo con el racismo, para explotar el trabajo de las poblaciones colonizadas en América, Asia y África. De este modo, el halo de violencia del capitalismo oprimió a las mujeres negras primero por su género y luego por su raza. Fueron esclavizadas<sup>2</sup>, obligadas a trabajar en las plantaciones americanas, pero también sufrieron violencia sexual y fueron forzadas a procrear y reproducir la mano esclavizada (Federici 2018).

Ahora bien, la violencia ejercida contra el cuerpo de las mujeres negroafricanas y de la diáspora es el resultado de la construcción occidental de dicotomías jerarquizadas (hombre/mujer; negro/blanco; civilizado/salvaje), cuya intención es el dominio, la opresión y la acumulación de capital. Para esclarecer lo anterior, detengámonos brevemente en la manera en la que el *cuerpo* es construido en Occidente. En su libro *La invención de las mujeres. Una perspectiva africana sobre los discursos occidentales de género*, la investigadora Oyèrónké Oyěwùmí ha establecido que en el pensamiento occidental el destino es biológico, es decir, que

---

<sup>1</sup> En tanto que el cuerpo, más allá del criterio biológico y material, palpable, es una construcción histórica atravesada por discursos y prácticas (Guattari; Rolnik, 2006). Un cuerpo racializado es una marcación del sistema colonial que estableció que los cuerpos distintos a los europeos/colonizadores eran racialmente inferiores a éstos (Restrepo).

<sup>2</sup> La esclavitud fue la base del despegue del capitalismo: “[...] la verdadera riqueza era el trabajo acumulado a partir de la trata de esclavos, que hizo posible un modo de producción que no pudo ser impuesto en Europa” (Federici, 2018).

la organización social tiene un sustrato biológico<sup>3</sup>. En consecuencia, la sociedad que surge es una sociedad “constituida por cuerpo y como cuerpos —masculinos, femeninos, judíos, arios, negros, blancos, ricos, pobres” (Oyěwùmí, 2017).

El cuerpo es entonces la piedra angular del orden social porque “siempre se mantiene *a la vista y en la vista*. Por definición *invita a mirarlo fijamente*, a contemplar la diferencia, convocando a una mirada de diferenciación [...]” (Oyěwùmí, 2017). Así, “la jerarquía y las diferencias fueron consagradas en los cuerpos y los cuerpos consagran las diferencias y la jerarquía” (Oyěwùmí, 2017). Esta bio-lógica (Oyěwùmí, 2017) se exportó, impuso y utilizó en el proceso capitalista, desde la esclavización de las poblaciones africanas en el mercantilismo, la colonización decimonónica, hasta su permanencia en la actualidad. La filtración de este supuesto occidental y su universalización<sup>4</sup> provocó que la jerarquización de la construcción binaria jerárquica de masculino/femenino rigiera las relaciones entre colonizadores y colonizadas.

Finalmente, ya he hablado de la interrelación entre capitalismo, violencia, sexismo y racismo. Entonces, ¿cómo conjuntar estos elementos para abordar el tema de la violencia contra los cuerpos de los personajes femeninos en *Volver a casa*? Ante la insuficiencia del feminismo euroamericano para estudiar otras realidades han surgido diversas propuestas no occidentales. El concepto de *interseccionalidad* es una de ellas. Esta herramienta analítica considera que las mujeres negras son oprimidas desde diferentes flancos y los que principalmente se consideran son las opresiones de género, raza y clase, que a su vez están ligadas a la opresión colonial, la esclavitud, la diáspora africana y el neocolonialismo (Hill Collins, 2016). Se trata entonces de ver la opresión y la violencia contra las mujeres

---

<sup>3</sup> Oyěwùmí realiza una crítica frontal a la afirmación del feminismo occidental en la que posiciona a los marcadores biológicos de hembra/macho como *naturales*, la postura de esta investigadora es que la ciencia biológica no es un conocimiento objetivo. En este sentido, también la biología es construida socialmente, es decir, es inseparable de lo social (2017). Esta postura la podemos ver también en la filósofa estadounidense Donna Haraway, quien cuestiona la supuesta objetividad de la ciencia occidental (Haraway, 1991).

<sup>4</sup> Además de la imposición de la jerarquización de masculino/femenino occidental, Oyěwùmí argumenta que las feministas occidentales también presuponen la existencia de las categorías de *género* y de *patriarcado* en otras culturas y sociedades.

negras como la consecuencia de más de una dimensión identitaria (Crenshaw, 1991). En palabras de Oyěwùmí:

Desde mi perspectiva no es que hubiera dos colonizaciones sino dos formas de opresión que confluyeron como resultado de dicho proceso para las colonizadas [...] ambas expresiones de opresión están enraizadas en las relaciones jerárquicas de raza/género de la situación colonial. Los europeos colonizaron a las hembras africanas como africanas y como mujeres africanas. Experimentaron igual que los machos africanos, la dominación, la explotación, la inferiorización racial y, por separado, en tanto hembras africanas, la inferiorización y la marginalización de género (Oyěwùmí, 2017).

Ahora bien, en *Volver a casa* se lleva a cabo un ejercicio de recuperación de una memoria ancestral. Su eje es la trata transatlántica de esclavizados/as y sus repercusiones cultural-identitarias económicas y políticas. El epígrafe equipara a la familia con un bosque y la estructura misma de la novela lo imita, pues cada personaje tiene su propio capítulo y al final somos capaces de contemplar el paisaje completo. La historia de este linaje comienza con Maame, una mujer que tiene dos hijas Effia y Esi, quienes nunca llegarán a conocerse, pero estarán incuestionablemente unidas. Así, las vidas de estas hermanas y las de sus descendientas y descendientes son los árboles que conforman el bosque de esta novela.

El primer contacto que los personajes femeninos tienen con la violencia capitalista-patriarcal occidental es la esclavización. La irrupción de los ingleses en la actual Ghana desmanteló las relaciones entre los asante y los fante, quienes compitieron entre sí por el comercio de esclavizadas/os. Así, cuando Effia, una mujer fante, se va a vivir con James Collins al castillo de Costa del Cabo y descubre que en las mazmorras guardan el *cargamento*, un eufemismo para referirse a las africanas/os capturados, se da cuenta de la violencia potencial que podía ejercerse sobre su cuerpo: “No sabía si el comprendía lo que estaba diciendo, pero en ese momento entendió, por la suave presión de los dedos de James sobre sus labios, que era un hombre capaz de hacer daño y que ella debía alegrarse de estar a ese lado de su maldad y no al otro” (Gyasi, 2017).

La esclavitud se impuso en los *cuerpos* de las africanas/os, ya que sus características *visibles* fueron las que condicionaron su sometimiento y explotación, por eso se destaca la arbitrariedad de esta empresa cuando Eccoah comenta “Ahí abajo hay personas. Hay mujeres que se parecen a nosotras, y nuestros maridos deben aprender a distinguir” (Gyasi, 2017).

En contraste con la situación de su hermana, Esi, proveniente de la tierra asante, pasaba su decimoquinto cumpleaños en el calabozo del mismo castillo. En este capítulo encontramos numerosos ejemplos de la violencia ejercida contra los cuerpos de las mujeres. Los maltratos físicos en la mazmorra eran constantes, algunas veces eran detonados por el comportamiento rebelde de las mujeres, pero en su mayoría eran simplemente lo habitual:

Llegaron los soldados, aunque para entonces Esi ya no distinguía qué hora era [...] A veces había tantas mujeres hacinadas en la mazmorra que tenían que colocarse boca abajo para que otras pudieran tumbarse encima [...] Uno de los soldados derribó a Esi, le pisó el cuello y le impidió mover la cabeza para respirar algo que no fuera polvo y los desechos del suelo. Hicieron entrar a las nuevas, y algunas sollozaban tanto que los soldados las dejaban inconscientes de un golpe. Caían encima de las demás, sus cuerpos como un peso muerto (Gyasi, 2017).

La violencia sexual también fue un acto violento normalizado en la dominación de las mujeres esclavizadas, fueron despojadas de sus propios cuerpos, así como de su autonomía reproductiva:

Los soldados echaron un vistazo a su alrededor y las mujeres se pusieron a cuchichear. Uno de ellos cogió a una de las que había al fondo y la empujó contra la pared. Sus manos se abrieron camino hacia sus pechos y le recorrieron el cuerpo de arriba abajo, cada vez más abajo, hasta que el sonido que se le escapó a la mujer de entre los labios fue un alarido (Gyasi, 2017).

Al igual que su compañera de cautiverio, Esi fue violada por uno de los soldados que malinterpretó su gesto sonriente. No pudo defenderse, pues su cuerpo estaba debilitado como consecuencia de todos los golpes que había recibido antes, la mala alimentación a la que estaba sometida y al hacinamiento en el que vivía:

Ella trató de defenderse, pero la falta de alimentos y las heridas de las palizas la habían dejado demasiado débil hasta para reunir saliva y escupir. Él se rió de sus esfuerzos y la sacó del calabozo a rastras, cogida del codo. Justo cuando salían a la luz, Esi miró la escena que dejaba atrás: todas esas mujeres murmurando y llorando [...] La tumbó sobre una lona doblada, le separó las piernas y la penetró. Esi gritó, pero él le tapó la boca con la mano y después le metió los dedos dentro. Le pareció que si se los mordía aún le daba más placer, así que abandonó la idea. Cerró los ojos y se obligó a escuchar en lugar de mirar, a fingir que aún era una niña pequeña y estaba en la choza de su madre una de las noches que su padre pasaba con ellas, mirando las paredes de adobe para darles intimidad, para abstraerse. Para comprender qué impedía al placer convertirse en dolor (Gyasi, 2017).

Como Esi fue trasladada a Estados Unidos, su hija, Ness, fue vendida como esclavizada a Tom Allan y obligada a trabajar en el campo, en la recolección de algodón, ya que no podía ser parte de las esclavas que servían al interior de la casa de una familia blanca, pues su cuerpo tenía las cicatrices que le había hecho el Diablo, amo de *El infierno*, cuando ella había intentado escapar con Sam y su hijo, Kojo:

Así que Ness obedeció. Salió ante aquel público formado por dos personas, con los hombros y las pantorrillas desnudos, y nada más verla, Susan Stockham se desmayó. Tom Allan no pudo hacer más que atrapar a su esposa al vuelo y gritarle a Margaret que la obligara a cambiarse de ropa. Margaret la devolvió al cuarto deprisa y se marchó a buscar ropa de trabajar en el campo. Ness se quedó en el centro de la habitación y se pasó las manos por la piel, deleitándose en la fealdad de su cuerpo desnudo. Sabía que lo que los había alarmado de aquel modo era la filigrana intrincada de cicatrices que le cubría los hombros, aunque no acababa allí. No. El tejido cicatrizado era como otro cuerpo con identidad propia; tenía la forma de un hombre que la abrazaba desde atrás y le rodeaba el cuello con los brazos. Las cicatrices se extendían desde los pechos, sobrepasaban las cimas de los hombros y recorrían la longitud completa y digna de su espalda. Antes de desaparecer, le lamían la parte superior de las nalgas y después se difuminaban. La piel de Ness ya no era piel de verdad; era un fantasma que encarnaba su pasado y lo hacía visible, tangible. Y a ella no le molestaba tener ese recordatorio.

A modo de conclusión, en *Volver a casa* la escritora Yaa Gyasi representa la violencia directa que sufrieron los cuerpos de las mujeres negroafricanas a partir de su esclavización, sistema que evidencia la relación entre el capitalismo, sexismo y racismo. Los personajes son capturadas, vendidas y violentadas, primero, por la construcción de su cuerpo como inferior y, después, por la intersección de sus identidades de raza y género. La rememoración y recuperación de la vida de estas y las demás ancestras de Marjorie Agyekum visibiliza la violencia particularmente ejercida contra los cuerpos de las mujeres negras desde hace cinco siglos.

Finalmente, la recuperación de historias como la escrita por Gyasi permite demostrar el potencial subversivo del arte. La autora reclama una narrativa propia a partir de temas como la esclavización, la opresión, los distintos tipos de violencia, pero también la lucha y resistencia de las mujeres negroafricanas y afroamericanas que han sido relegadas por la narrativa hegemónica y los procesos de otredad llevados a cabo por Occidente.

De esta manera, la escritura está directamente relacionada con los movimientos de resistencia conformados por las mujeres negras del continente africano y de la diáspora. Por un lado, muestra las diferencias entre las experiencias vividas por los hombres y por las mujeres esclavizadas y, por el otro, nombra y representa la memoria histórica colectiva. La recuperación del pasado brinda símbolos de resistencia y permite la construcción y afirmación de otras subjetividades, al tiempo que trastoca lo construido como la *verdad*. Por ejemplo, nos lleva más allá de cuestionar la jerarquización dicotómica de masculino/femenino y nos empuja a poner en duda la categoría misma de género. La visibilización de las experiencias de violencia que se ha ejercido sistemáticamente contra el cuerpo de las mujeres negras implica tener presente su relación con el capitalismo, que a su vez se enlaza con el racismo y el sexismo. En este sentido, la postura de los movimientos de resistencia está guiada por un marco interseccional, es decir, considera las diferentes opresiones, principalmente de raza y género, que atraviesan a las mujeres negroafricanas y de la diáspora. Esta conformación de una lucha en colectivo permite una organización social que fue descartada por la

irrupción occidental a partir de la desarticulación de las redes construidas entre las mujeres negras.

### **FUENTES DE CONSULTA**

Federici, S. (2018), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Buenos Aires: Tinta limón.

Gyasi, Y. (2017), *Volver a casa*, Navarra: Ediciones Salamandra.

Haraway, D. (1991) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.

Hill, C. P. (2012), Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro, *Feminismos negros. Una antología*, (pp. 99-134), Madrid: Traficantes de Sueños.

Jabardo, M. (2012), Introducción. Construyendo puentes: en diálogo desde/ con el feminismo negro, *Feminismos negros. Una antología*, (pp. 27-56), Madrid: Traficantes de Sueños.

Oyěwùmí, O. (2017) *La invención de las mujeres. Una perspectiva africana sobre los discursos occidentales de género*, Bogotá: en la frontera.